

Historias Entre Líneas

Juan Reverter

20 AÑOS EN SAN LUCAS

Eran las doce del día y todo estaba en una sofocante calma. No corría viento, el sol caía a plomo desde un cielo perfectamente celeste y el estero se encontraba totalmente vacío. Ni siquiera los pelícanos y rabihorcados se animaban a salir a planear para buscar alimento.

Santiago Brown se encontraba en la cubierta del “Júpiter”, un vetusto velero de bandera peruana que regularmente tocaba Puntarenas en sus travesías a lo largo de la costa pacífica de América. Cargaba mercadería en Valparaíso y la descargaba en Callao. Ese ritual se repetía en Callao, Guayaquil, Panamá y Puntarenas.

En su último viaje debió realizar una entrada de emergencia a puerto. Una tormenta había dañado seriamente el mástil principal y debía ser reparado. De alguna manera este fue un golpe de suerte para Santiago. Acostado con su metro ochenta de estatura, aprovechando una poca de sombra, no pudo dejar de comparar este barco con el mismo en que llegó a las costas caribeñas de Costa Rica en el año 1886. Nació en Spanish Town, una ciudad cercana a Kingston. De niño escuchó las historias de cómo sus mayores se convirtieron en personas libres en 1834, de la terrible situación que se dio en los años posteriores y de cómo el hambre y la miseria se extendían a lo largo y ancho de la isla. Pero lo que más le dolía en esas historias era que a pesar de ser ahora libres, e incluso

súbditos de su majestad británica, no poseían los mismos derechos que los blancos y los mulatos. El abuelo Marcus se tocaba mecánicamente una cicatriz en su brazo izquierdo cuando se mencionaba la rebelión de Morant Bay, en la que se vio involucrado involuntariamente y la espada de un soldado colonial le produjo un tajo profundo. Cuando su amigo Mosiah le habló de que en Kingston estaban reclutando trabajadores para construir un ferrocarril en Costa Rica, no lo pensó dos veces. No sabía dónde estaba ese lugar exactamente, pero ya estaba cansado de pasar hambres. El plan era simple; iría a Kingston para enrolarse, trabajaría duro por un par de años y volvería a Spanish Town con suficiente dinero para establecerse dignamente.

Al llegar a Kingston más de 400 hombres se aglomeraban frente a una oficina a la que entraban en grupos de cinco. Pudo notar que, al salir, cuatro lo hacían con cara de decepción y sólo uno se reía. Pronto sabría la razón.

Al tocarle su turno, antes de preguntarles nada, les ordenaron quitarse la camisa. Los reconocieron físicamente. A él le indicaron que se colocara frente a un escritorio. A los otros cuatro les ordenaron salir. El sería quien saliera sonriendo y eso le alegró. En el escritorio le preguntaron el nombre

–Zachary Brown. Quien escribía lo miró con cansancio.

–En el país al que irás no hablan inglés. Sólo español. Escoge Santiago o Zacarías.

– Santiago. Y lo dijo más porque le sonaba cómico que por otra cosa. Y partir de ese momento Santiago Brown nació, con una edad de 17 años, un metro ochenta de estatura y setenta y cinco kilos de masa muscular para ponerla al servicio del progreso... de Mr. Minor Keith como se daría cuenta pronto.

En un velero similar al “Júpiter” los embarcaron y después de una travesía de poco más de una semana entraron a Limón. Desembarcaron y los formaron en una fila, él y ciento cuarenta y tres más, casi todos de Jamaica, pero también uno de Barbados y por los menos tres de Trinidad. Tres militares se encontraban sentados en otras tantas mesas de madera carcomida.

– Neim– preguntó el sargento que le tocó en turno. Su pronunciación era terrible, pero comprendió que requería su nombre.

–Za... Santiago Brown– respondió acordándose de la transmutación onomástica que sufriera.

Con un gran esfuerzo que le recordaba sus años en la escuela parroquial en Spanish Town mientras aprendía a escribir, plasmó su nombre en un papel impreso que le extendió y con un movimiento de cabeza le indicó que se moviera. No entendía nada de lo que estaba escrito, aunque poco después sabría que era un permiso de

estancia temporal. Los negros tenían prohibido ingresar a ese país, salvo que los trajeran a trabajar para Mr. Keith. No trabajó en el ferrocarril. Lo hizo en los infinitos bananales que se extendían a lo largo de la vía férrea. Dos años antes el gobierno de Costa Rica prácticamente le regaló a Minor Keith ochocientas hectáreas de tierra virgen. Él, junto con miles de otros jamaicanos, beliceños, panameños e incluso estadounidenses dejaban sudor y sangre en los pantanosos terrenos que debían convertir en prósperos bananales. No tenían prácticamente salario y debían cultivar mucho de lo que comían. Objetivamente, estaban en el infierno.

Un día que viajó a Limón, leyó un cartel en español que requería operarios para el muelle. Estaba escrito en español y solicitaba personal que hablara inglés. Habían pasado trece años desde que llegara y en ese tiempo logró aprender suficiente español para poder entender una conversación. Igualmente leía y escribía mucho mejor que muchos costarricenses con los que convivía, aunque decir convivir era mucho decir. Los “pañá” eran sucios, mal hablados, con piojos. Se emborrachaban cada que podían y muchos no sabían leer o escribir. Él no. Él era súbdito británico, educado en la fe presbiteriana, sabía leer y escribir, así como mantenerse limpio en cuerpo y alma.

Lo contrataron en la nómina de una empresa recién formada, la United Fruit Company. Seguían siendo los

bananales de Minor Keith. Su trabajo era supervisar los embarques de banano en el muelle de Limón. Y fue cuando sucedió el evento que cambiaría su vida.

Una tarde, después de supervisar el cargamento de un barco, se unió a un grupo de negros como él a recordar la cada vez más lejana Jamaica. A pocos metros, un grupo de costarricenses empezaron a hablar entre ellos. Con la prepotencia propia del que se cree superior en virtud del color de su piel, no cuidaban el tono de sus voces y pronto Santiago se dio cuenta de que las cosas no estaban bien. Uno de ellos, llamado Jacinto y nacido en un lugar llamado Turrialba, era el que más fuerte hablaba. Sin duda, envalentonado por una botella de guaro de contrabando.

—Vean a esos hijueputas negros. Vean como están felices porque nos quitan trabajo, sólo porque hablan inglés como los machos de la yunai. Sólo sirven para vaguitar, son unos flojos, pero les pagan igual que a nosotros, a veces hasta más. Todos son unos negros bárbaros, que no respetan a la Santa Madre Iglesia y se dedican a la brujería y la pocomía. Son todos unos protestantes que, como dice el padre, son un peligro para la fe verdadera. Deberían montarlos en un barco y devolverlos a Jamaica para que dejen de robarnos.

En este punto Santiago se puso de pie, su metro ochenta erguido como una ceiba, y se encaró con Jacinto. Este sin siquiera dejar que dijera nada se le fue encima,

trastabillando por los efectos del alcohol. Hasta era cómico mirar a ese hombrecillo de escasos metro cincuenta y cinco correr dando tumbos. Santiago simplemente lo esquivó, pero Jacinto resbaló e impactó con su frente un durmiente de la línea férrea del muelle. Murió de inmediato.

Santiago tenía su conciencia limpia y tranquila. Sabía que una explicación ante el juez bastaría para aclarar el punto. La policía lo detuvo y fue encarcelado. Al día siguiente le condujeron ante un juez. Este le tomó la declaración, así como a los acompañantes de Jacinto. Todos ellos testificaron diciendo que Santiago Brown, negro violento, había lanzado al turrialbeño contra el suelo. Sólo él testificó en contra.

“Se condena al jamaicano Santiago Brown a cumplir una pena de veinte años en el presidio de la isla de San Lucas, al encontrarlo culpable del asesinato del costarricense blanco Jacinto Mora.”

Un viaje de casi una semana le hizo desembarcar en San Lucas, una isla en un océano que no conocía. Los años pasaron lentamente, sin que sus solicitudes de rebajo de pena por buen comportamiento dieran frutos. Al ser bilingüe, comenzó a ganar algún dinero dando clases de inglés a las esposas e hijos de los comandantes de la cárcel. Ello le permitió ir haciendo un ahorro, el que no